ALOIS · DEMPF

SOCIOLOGIA DE · LA · CRISIS



SOCIOLOGIA DE LA CRISIS

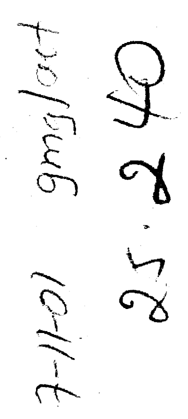


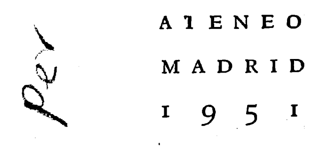
COLECCION «O.CRECE.O.MUERE»

DIRECTOR: FLORENTINO PEREZ EMBID

ALOIS DEMPF

SOCIOLOGIA DE LA CRISIS





ATENEO
MADRID
1951

El original fué dado a conocer en una conferencia pronunciada por el autor en el ATENEO DE MADRID *el 26 de febrero de 1951.*

Estades, Artes Gráficas-Evaristo San Miguel, 8-Marid.

I

SOCIOLOGIA Y CRISIS

¿Tiene sentido considerar científicamente la crisis, indudablemente grave, de nuestros días? ¿No serán otras potencias, las grandes potencias, las que corten el nudo? ¿No será decidida esta lucha sin discusión, más lentamente, pero, en definitiva, también por una gran potencia, mediante la lucha por la supremacía económica? Y, por último, ¿no resulta imposible en la Historia todo pronóstico, pues tendría que ser profecía, ya que la decisión última depende del Señor de la Historia?

Hoy los pronósticos son poesía. Los no-

velistas nos ponen en guardia con narraciones espeluznantes contra el Estado-hormiguero de la burocratización total; o bien, cuando han comprendido (aun sin un diagnóstico en regla) el sentido de la crisis, nos ofrecen unas cuantas utopías optimistas, como solían serlo siempre las utopías.

La cuestión es, evidentemente, saber si la sociología es ya una ciencia que, a base de un auténtico diagnóstico de la crisis, pueda formular también un pronóstico y aconsejar un tratamiento. ¿Tomará la crisis un curso fatal? ¿Es una enfermedad de muerte? ¿Es la medula de la moderna sociedad industrial un proceso demoníaco, que se desarrolla por sus propias fuerzas, en el que nadie puede intervenir y que nos acarreará la ruina de la cultura tradicional, de suerte que tengamos que despedirnos de la Historia pasada? ¿O es que, después de nuestra Historia y de nuestra cultura, viene algo insospechadamente nuevo?

Tenemos que confesar que la sociología al uso no es capaz de formular un pronóstico si sólo se ocupa estadísticamente de los procesos de masas. Si la sociología no es también, en el mejor sentido, filosofía de la Historia, entonces ni siquiera puede dar consejo a los poderes públicos y decisivos, ni lograr que éstos le presten oído. La sociología tiene que trazar una imagen de la verdadera sociedad, y, por consiguiente, tiene que ser una sociología normativa.

Pero, hoy en día, las más veces sólo tenemos sociologías que fabrican para un partido cualquiera eso que se llama ideología, una imagen falsa de la sociedad, y acaso sean precisamente estas falsas imágenes de la sociedad uno de los principales factores de nuestra crisis. Si no se logra implantar ampliamente una sociología científica que esté por encima de los partidos, que estudie los grandes poderes vitales que intervienen en la formación de la sociedad, es indudable que se desconocerán las verdaderas leyes de la vida de la sociedad y no podrá denunciarse la violación de la ley por un falso planteamiento de los fines sociales. No puede conocerse la perturbación del orden si no se conoce antes el orden.

Así, pues, en la sociología de la crisis se trata, en primer lugar de hacer una *crítica de las falsas imágenes de la sociedad,* de las ideologías. Estas son, ante todo, meras soluciones parciales de la crisis por parte de un poder vital. Pretenden curar con una panacea al conjunto de la sociedad, aunque ellas mismas permanecen encerradas en el círculo ideológico de un solo poder social, como es la economía o el Estado, y ni siquiera alcanzan a ver los poderes superiores, la fe y el espíritu.

Nuestro segundo objetivo es poner en claro el carácter riguroso de la sociología crítica. Esta no es nada nuevo; la historia de la Filosofía ha visto siempre, de una manera falsa o exacta, en líneas generales, las leyes que rigen el curso del mundo. Desde Platón hay un Derecho natural, es decir, una sociología de la libertad en la ley, una sociología del verdadero orden social o, por lo menos, esbozos de este auténtico orden social.

En tercer lugar, la idea del auténtico or-

den social ha hecho por sí misma *Historia universal*. La Historia universal no es historia del poder; es, en verdad, una historia del espíritu y de la cultura. Desde que hay filosofía de la Historia y de la cultura la polémica entre el espíritu y el poder ha llegado a ser por muchos caminos, aunque nunca directamente, determinante para el desarrollo de la sociedad. Sólo cuando se ve esto pueden entenderse las épocas de la Historia universal, las verdaderas cinco edades del mundo, y, sobre todo, la quinta, la nuestra, la civilización moderna y la moderna sociedad industrial. Esta es la misión de una sociología histórica, positiva.

Cuarto.—Pero con esto se ha producido ya también el verdadero cambio espiritual. Desde hace treinta años conoce la sociología, por lo menos la alemana, a la llamada *sociología de la cultura*. En ella, la lucha de los poderes vitales por la primacía es el gran tema de la determinación del espíritu de las culturas. Es, en verdad, una sociología de la mutua relación de los poderes vitales. Con esto permanece, es cierto, dentro de lo histórico; sigue aún parada ante su meta decisiva, que es ver el orden axiológico por encima del orden jurídico; en una palabra, ante la meta de una *sociología normativa*. Este es nuestro quinto punto. Es necesario que tengamos una norma para la crítica de la sociedad antes de poder descubrir el verdadero carácter de la crisis. La enfermedad sólo puede ser conocida partiendo de la salud. Sólo es posible un diagnóstico si la buena situación de la sociedad permite conocer sus perturbaciones.

Y sólo entonces será también posible, en sexto lugar, hacer un pronóstico que sea más que una ingenua panacea que penetre realmente hasta los últimos motivos de la perturbación, y, en séptimo y último lugar, sólo entonces se podrá también iniciar el tratamiento y concebir la esperanza de curación.

II

FALSAS IMAGENES DE LA SOCIEDAD

La crítica de las falsas imágenes de la sociedad ha sido claramente recomendada por la crisis misma. Incluso el hombre de la calle sabe que el enorme doctrinarismo de los planes partidistas de solución y de curación condiciona la lucha radical entre las clases y entre los Estados que caracteriza a nuestro tiempo. Pero a la sociología crítica le interesa examinar la conexión interna de estas soluciones patentadas y caracterizan brevemente su inconsistencia.

El *materialismo histórico*, la fe en la determinación de toda la sociedad exclusivamente por la economía, debe su origen principalmente a la crisis del primitivo capitalismo. Se creyó que la miseria de la época dependía sólo de la perturbación de los procesos económicos por el Estado constitucional, y, por eso, lo primero

que se pensó fué que bastaría con suprimir el Estado, que bastaría la ruina del Estado constitucional burgués para que pudiera realizarse, como último fin utópico, la sociedad sin clases. Pero con la realización de los primeros Estados socialistas y comunistas se ha demostrado que es precisamente en ellos donde, con un radical cambio dialéctico, el Estado y la economía estatal se convierten necesariamente en un poder absoluto que determina a toda la sociedad.

No existe el socialismo para un solo país. La economía estatal planificada tiene que producir en el interior la más rígida separación de clases, como tiene que implantar una ideología oficial y tratar de imponer el mismo régimen en los demás Estados.

El *liberalismo económico* toma también como punto de partida la autonomía de la economía libre y se opone igualmente a la intromisión del Estado. También aquí se decidió que el Estado tenía que morir, y también aquí se produjo el viraje radical; el régimen de monopolios desembocó forzosamente en el capitalismo imperialista, y ya la primera guerra mundial es una consecuencia de la exageración del poder del Estado para realizar la expansión monopolista y colonial.

También forma parte de este conjunto la exageración del *nacionalismo* en nuestro siglo. Los Estados, como bloques económicos cerrados, se consideran fuentes exclusivas del derecho, incluso para el derecho internacional, impidiendo así la formación de una auténtica sociedad de naciones. El fracaso de todos los intentos para crear, en esta


DIBUJO DE J.A. MORALES

situación, una federación supraestatal, no hay que achacarlo a la federación misma, sino a sus distintos miembros, que no quieren reconocer la verdadera superioridad del derecho frente al Estado, sino que tratan de mantener a toda costa la soberanía de éste. Así surge, a lo sumo, la falsa idea de un Estado mundial, en lugar de una auténtica federación.

Pero a la rígida idea de la soberanía del Estado, tal como impera desde el absolutismo, va también inevitablemente ligada la *secularización* de toda la cultura. El Estado absolutista fué, claro está, un precursor de los actuales Estados absolutistas, y, arrogándose el ius circa sacra, intentó delimitar también las convicciones religiosas cuius regio, eius religio. Así se produce, en la Ilustración, un primer cambio hacia el *deísmo,* negación de toda religión positiva y revelada, a la que trata de sustituir con una creencia natural en Dios, con un derecho y una ética naturales. Pero con la negación de la absoluta autoridad de Cristo y de la Iglesia se llegó necesariamente a un segundo cambio. La fe filosófica se convirtió en incredulidad filosófica; el *ateísmo* se imaginó que podía reemplazar la ley de Dios por las simples leyes naturales, y así se convirtió en nihilismo, que es el verdadero foco de nuestra crisis.

Esta es, pues, la falta de sentido de las actuales soluciones parciales por parte de un poder vital que reclama para sí la primacía; aquí está toda la gravedad de la perturbación del orden general de la sociedad. Realmente, se pasa de la libertad extrema al extremo despotismo. Re-

 sulta evidente que el negarse al sometimiento incondicional a la autoridad divina provoca necesariamente otra autoridad total y absoluta; que el puesto de una auténtica teología positiva, incluso el de una teología natural, pasa a ser ocupado por una falsa teología política, o mejor, por varias falsas teologías políticas que, al luchar unas con otras, tienen que hacerlo encarnizadamente.

III

SOCIOLOGIA CIENTIFICA Y CRITICA

La *sociología científica y crítica* ha sido siempre el polo opuesto de las ideologías partidistas. Si consideramos ya como sociología las antiguas doctrinas filosóficosociales en su calidad de filosofía de la historia y de la sociedad, entonces habrá que ver el origen de la verdadera sociología precisamente en el descubrimiento de la insuficiencia de todas las opiniones partidistas. Se comprendió que los grandes poderes vitales, la religión, el Estado y, en adelante, también la filosofía y la ciencia, determinan a las culturas en su conjunto y que se debe aplicar la libre razón humana a la consecución del verdadero orden social. Este nacimiento de la sociología filosófica hizo época en la Historia universal. Es, desde Platón, una sociología de la *competencia limitada* frente al culto demagógico de la incompetencia. La competencia en la propia profesión tiene que llegar a ser el modelo para el verdadero estadista. Sólo la unidad de las profesiones libres en un orden colectivo espiritual es digna del hombre. La libertad de las profesiones tiene que estar sujeta a la ley del conjunto. Esta es la trascendental significación del derecho natural como ordenación de todos los derechos. Esta es también, especialmente en el cristianismo, la grandiosa idea de la *lex aeterna,* de un orden eterno, en el cual preside la ley divina positiva, y el derecho natural del verdadero orden social por encima del poder temporal. Se trata de la solidaridad de todos los responsables, de un orden que afecta a la conciencia de acuerdo con la responsabilidad eterna del alma inmortal, incluso en la otra vida. Toda la sociología occidental de la cultura antigua y cristiana establece la unión indisoluble entre la fe y el espíritu, entre la verdadera comunidad y la actividad libre y objetiva.

La trascendental repercusión de este descubrimiento del verdadero orden social por la filosofía y la ciencia fué la primera gran revolución del espíritu libre. Es trascendental porque, con este descubrimiento, a la primera edad y a la segunda de los Estados primitivos, con el derecho divino del legislador humano, siguió la tercera edad de la *verdadera alta cultura.* El derecho natural ve el orden de todas las profesiones y se eleva a ley eterna cuando se ha visto el orden de todos los derechos, la comunidad del hombre con Dios, la rigurosa obligación de una ética na-

tural y de un derecho supraestatal absoluto.

Pero entonces queda ya patente la debilidad de esta fe filosófica, de este monoteísmo abstracto. El supremo poder de la vida es la fe positiva; síguele la disciplina, e inmediatamente después viene el orden de la comunidad.

La fe trae consigo la cuarta edad del mundo, el *verdadero centro de la historia universal,* la llegada a la tierra de un legislador divino que anuncia la lex aeterna con la supremacía de la fe y del amor y su propia representación en una Iglesia legítima. Entonces es cuando el orden jerárquico de los derechos sobra su forma visible. El derecho divino está por encima del derecho positivo del Estado y del derecho privado de la Economía. Puede decirse que toda la sociología cristiana descansa en este pensamiento de la ley eterna impuesta a toda naturaleza humana, y sólo desde este punto de vista se comprende plenamente el carácter y el espíritu del mundo moderno, de la *quinta edad del mundo*. Esta se debe, en definitiva, a la Universidad occidental como libre institución de las ciencias. Han sido en efecto, las Universidades las que han creado la formación profesional de las clases rectoras de la vida del espíritu, y sólo así pudo iniciarse aquel gran proceso de racionalización cuyo producto es la moderna sociedad industrial. Max Weber la describió muy bien hace ya decenios. Fué principalmente la racionalización de la administración y del derecho lo que produjo aquella calculabilidad de la vida económica que hizo posible el surgimiento de la economía mundial. Fué la racionalización de las Ciencias Naturales, que, como ciencia y técnica aplicada, trajo también consigo una racionalización de la economía, y fué, por último, el intento de una racionalización de la religión, haciendo de ella la religión natural del deísmo, lo que hizo posible el racionalismo moderno en sentido propio.

Pero así como en la antigüedad no fué el descubrimiento, ciertamente grandioso, de la religión natural y del derecho natural lo que trajo la salvación, sino el Dios manifestado, la absoluta autoridad divina del fundador de la religión, así hoy se demuestra de nuevo palpablemente la debilidad de la fe filosófica. Hemos indicado ya cuán necesariamente se niega la autoridad divina natural si se rechaza la autoridad divina positiva, y cómo entonces se produce necesariamente el cambio hacia la incredulidad filosófica, hacia el positivismo y el nihilismo.

Una autoridad absoluta que no trascienda los límites de este mundo jamás podrá convencer a todos los espíritus. Semejante autoridad es filosóficamente falsa y tiene que desembocar necesariamente en una yuxtaposición de las ideologías partidistas y en soluciones provisionales del problema social.

IV

SOCIOLOGIA DE LA CULTURA

Tiene extraordinaria importancia el hecho de que ya después de la primera guerra mundial se comprendiera la inconsistencia y toda la tragedia de las imágenes de la sociedad antagónicas. La primera guerra mundial puso ya de manifiesto el derrumbamiento espiritual del imperialismo y del economismo. La vida de la sociedad es siempre, y también ahora, la conjunción de todos los grandes poderes vitales: la fe y el saber, el Estado y el orden económico. Han sido especialmente los grandes sociólogos Max Weber y Ernst Troeltsch, y todavía hoy Alfred Weber y Karl Jaspers, quienes han acuñado el concepto de *Kultursoziologie* (sociología de la cultura). Con él se alude precisamente a aquella acción combinada de los poderes vitales permanentes, la cual, prescindiendo por completo de su valoración, ha de considerarse, desde un punto de vista puramente empírico, como el auténtico mecanismo del curso del mundo. Desde entonces (para la sociología, que no se limita a lo estadístico) es evidente que la religión es el supremo poder de la vida de la sociedad y que, por tanto, la sociología de la religión es la que ha de pronunciar el juicio definitivo en la teoría de la sociedad. Las doctrinas sociales de las iglesias cristianas han creado el Occidente. Tiene que haber también una sociología del saber, es decir, una sociología de aquellas formas del saber, que han creado los poderes vitales, sociología del saber de salvación y del saber formativo, del saber jurídico y del saber productivo. Pero también se requiere urgentemente una sociología de la *ciencia como institución*, la cual hasta ahora no pasa, ciertamente, de ser un desiderátum. Pero es indudable que la autonomía del desarrollo de la ciencia sobre la base institucional de la Universidad es precisamente la que ha dado el ser a la moderna sociedad industrial. Es seguro que los órdenes internos de la vida del espíritu mismo, con su influjo indirecto sobre todas las clases rectoras de la vida del espíritu, han provocado la racionalización de la vida de la sociedad, Mas, con esto, a la historia del ciego desarrollo del poder y a la historiografía de las decisiones puramente políticas se opone espontáneamente una *concepción espiritual de la Historia universal*. Surge una sociología del Estado que no considera los ciegos azares de las decisiones del poder, sino que las hace depender de los órdenes sociales en su conjunto y de los potenciales económicos. Y también la sociología de la economía se encuadra en el conjunto del todo social; es considerada desde el punto de vista del *ethos* económico-religioso del aumento espiritual del saber productivo y teniendo en cuenta el influjo de la política en la economía.

Es una lástima que esta gran escuela alemana de la sociología de la cultura y del saber se mantenga en el estadio de la mera fe filosó-

fica. De esta manera se limita también necesariamente a ser mera sociología de coyuntura. En consecuencia, sólo ve el concurso histórico de los grandes poderes vitales, pero no la jerarquía de los derechos y valores, en la cual ocupa el primer puesto la *lex* divina como revelación positiva y orden jurídico directamente establecido por Dios.

V

SOCIOLOGIA NORMATIVA

Pero es imprescindible pasar a una *sociología normativa* si se pretende conseguir un auténtico diagnóstico de nuestra crisis y una renovación espiritual. Constituye otra gran tragedia para la sociología alemana el hecho de que el más destacado maestro de la sociología del saber, Max Scheler, a pesar de haber llegado a la sociología normativa, no permaneciera en ella. Con todo, es mérito imperecedero de Scheler el haber sabido vincular su descubrimiento de las formas primitivas del saber, del saber salvador y del saber formativo, del saber jurídico y del saber productivo, a una *verdadera jerarquía de los valores*. Así como en la ética consta que los valores de salvación y de la santidad están por encima de los simples valores productivos, así también es cierto que hay un orden jerárquico de todos los derechos que se ajusta al mismo orden de la estructura de la naturaleza humana.

Esto no es otra cosa sino la antigua doctrina agustiniana y tomista de la *lex aeterna,* el bosquejo del verdadero orden social. La primacía de la ley divina es inconmovible, porque en la salvación se trata del valor supremo y absoluto de la vida humana. Aquí tiene que haber una autoridad infalible, porque la preocupación del hombre por su salvación se ordena a un valor eterno e infinito. Por otra parte, los valores de la personalidad, los valores de la formación y del propio desarrollo están por encima de los valores jurídicos, como lo está la ética con relación a la legalidad; lo está, incluso, el *ethos* de la ciencia y el de la fidelidad absoluta y absoluto servicio a la verdad. El reconocimiento de todos los valores según su categoría hace posible establecer el verdadero orden social de acuerdo con los fines permanentes de la vida misma del hombre. Y, según esto, el Estado queda sujeto a las normas del derecho natural. Conviértese en una institución subsidiaria que sólo debe aplicar su fuerza coactiva cuando falla el orden libre de las profesiones y es necesario completar la propia objetividad del saber productivo con indicaciones discrecionales que señalen el camino.

VI

PRONOSTICO DE LA CRISIS

Sólo así se habrá creado una verdadera base para el diagnóstico y el *pronóstico* de nuestra crisis social. Esta crisis no es, de ningún modo, una enfermedad mortal. De suyo, la racionalización de la vida de la sociedad es un proceso incontenible de la ciencia pura y aplicada en su avance. Pero muy de pronto se ha comprobado que precisamente las grandes conquistas de la moderna sociedad industrial encierran también en sí sus propios y específicos peligros. La racionalización de la administración se ha convertido en burocracia, incluso en «funcionarismo», es decir, en la degeneración del hombre en funcionario, en la independización de la administración como fin en sí y como prebenda de los funcionarios. La economía mundial, a pesar de los terribles quebrantos sufridos en las dos últimas guerras, no se ha resquebrajado en su estructura medular; sus pérdidas acaso no pasen del veinte o treinta por ciento. Los peligros de la economía no son, hace ya mucho tiempo, las crisis, sino sus antojos de expansión imperialista, de los cuales abusan los poderes estatales para imponer a toda la humanidad este o aquel falso ideal económico. Y así se pone de manifiesto que el motivo fundamental de la crisis es su falta de autoridad, que se quiere remediar con falsas autoridades. No hay una integración cultural basada en la autoridad absoluta del Divino Maestro y en la de su representante; más aún, ni siquiera basada en la función docente de la ciencia.

Puede afirmarse —y fácil sería probarlo con muchos argumentos científicos— que el sistema industrial podría alimentar sin esfuerzo, incluso abundantemente, a la humanidad de nuestros días. Por término medio duplica cada treinta años los ingresos reales, y él ha sido, en definitiva, el que ha ocasionado el enorme aumento de la población en los siglos XIX y XX. Esta es una prueba de conjunto. Por consiguiente, las luchas y las amenazas de nuestros días y todo el problema de poder que envuelven no son, ciertamente, una necesidad económica; pero son, hay que reconocerlo, una casi necesaria ilusión —la ilusión de que es preciso combinar la economía con el poder para que aquélla produzca la seguridad apetecida. Las luchas imperialistas de hoy no se basan en necesidades económicas, sino que su fundamental motivo es la angustia, el anhelo de asegurarse por completo contra los riesgos de la hostilidad ajena y de supuestas amenazas. Se quiere tomar la delantera al adversario porque se ve en él sólo al enemigo.

Esta *angustia,* como motivo fundamental de la crisis, constituirá una verdadera psicosis opresiva mientras se mire todo el problema del orden social desde puntos de vista absoluta-

 mente terrenales, mientras el compañero sólo sea considerado como enemigo o como enemigo en potencia, mientras no se cambie de opinión en lo que atañe a la común responsabilidad por todos. La *radicalización* de la lucha de clases y de la lucha por el poder se basa también, evidentemente, en las calamidades concretas. Pero lo decisivo es el hecho de que la predisposición a no ver más que enemigos produce constantemente la angustia, y la angustia, a su vez, en un círculo fatal, provoca nuevas ansias de poder. Por paradójico que parezca, puede afirmarse que la culpa no la tiene el capitalismo, sino el espíritu del capitalismo; que el culpable no es el socialismo, sino el espíritu del socialismo. Ambos son, por lo demás, fenómenos inevitables en un siglo sin Dios. El motivo más profundo de la radicalización de la crisis es aquella íntima conexión de todos los poderes sociales, desde la fe hasta la economía, que hace cien años vió Donoso Cortés y cuyas consecuencias anunció proféticamente. Hay una necesidad ineludible de asegurar absolutamente la salvación, y si no se satisface en una fe auténtica, surge en su lugar aquella falsa teología política que entroniza autoridades absolutas de este mundo.

Este conocimiento decisivo de la actual sociología puede explicarse, incluso, desde un punto de vista meramente personal. El hambre de vida que siente el hombre sin Dios y sin la esperanza de una vida eterna se convierte necesariamente en angustia vital, y esto es precisamente lo que constituyen esas psicosis y neurosis que, individualmente, tanto abundan en el siglo sin Dios. Por lo demás, ya en San Pablo se lee que los cristianos son los más insignes necios si la esperanza de la resurrección es vana. La codicia, la ambición y la libido llegan a convertirse en morbosa hambre de vida si se pierde la esperanza en el Juez eterno y en la retribución ultraterrena con premios y castigos. Estas son las perturbaciones inconscientes de la vida personal, y todos las conocen por haberlas observado en aquellos que viven en esa desesperanza que les ha llevado necesariamente a una radical hambre de esta vida.

Y lo mismo sucede con los egoísmos colectivos. También aquí se trata de asegurar la salvación terrena en esta vida. Es necesario tener un plan infaliblemente seguro; hay que procurarse una garantía del poder propio. Esto conduce a aquella exageración del derecho propio, que impide ver la verdadera grandeza del derecho; conduce a aquella concepción positivista del derecho que convierte en única fuente del derecho al Estado soberano y a la soberana economía estatal; es decir, conduce, en realidad, al Estado partidista. El fanatismo por el partido propio y la exageración de la soberanía del Estado han ocasionado ya un neoabsolutismo y un neomercantilismo que sólo se comprenden como producto de las profundas fuentes psicológicas que acabamos de mencionar como propias del siglo sin Dios. Esto lo demuestra claramente la sociología de la crisis. El peligro auténtico no está en los síntomas, en las terribles amenazas de la radical voluntad del poder, sino que la medula de la crisis es la falta de

 esperanza, la desesperación respecto al derecho, la mala voluntad frente a la común responsabilidad por todos, la consideración del hombre como enemigo en lugar del amor al prójimo.

VII

ESPERANZA DE CURACION

Pero si bajo los síntomas hemos visto el verdadero foco de la crisis; si se puede asegurar con toda honradez que el diagnóstico de la crisis de nuestra cultura es sociología rigurosamente científica, entonces subsiste, a pesar de todo, una *esperanza de curación*. El diagnóstico de la sociología de la cultura es suficientemente preciso, del mismo modo que el médico, en un caso claro, puede establecer un diagnóstico seguro. La sociología de la cultura ve las verdaderas leyes de la sociedad y ve también la trágica peripecia de todo falso planeamiento, que tiene que convertirse precisamente en su contrario. Ve, al menos (aunque no se atreva a hacerse normativa, a proclamar el orden social tal como lo ha visto siempre la filosofía social), que la fe y el espíritu desempeñan en la vida social el papel decisivo, que son el poder supremo de la Historia universal. Ve, al menos, la ley básica del recto orden social, aquella *lex aeterna* adecuada a la naturaleza humana, la ley eterna del orden jerárquico de todos los valores y de todos los derechos, según la cual sólo una Iglesia libre puede representar a la autoridad divina y sólo una ciencia libre tiene su magisterio obligatorio, libre y humano; según la cual los Estados libres tienen que asociarse en una federación libre y la economía debe funcionar según su competencia.

Este nuevo afianzamiento de la *ciencia del espíritu y de la cultura* es un trascendental acontecimiento de nuestro siglo. La sociología ha necesitado mucho tiempo para llegar a este estadio de madurez, pero ahora está ya madura. Claro que aún no es un poder independiente y con derechos propios. Los intelectuales no saben aún la enorme misión que tienen en nuestros días: la proclamación del recto orden social y el descubrimiento del verdadero foco de la crisis que nos aqueja. Siguen mirando demasiado a los en apariencia grandes poderes, que con sus luchas recíprocas se condenan a la impotencia frente a las verdaderas tareas ordenadoras.

Pero en el siglo XX se ha producido todavía otro gran acontecimiento espiritual. La maduración y clarificación de las *ciencias naturales* ha producido, mediante la grandiosa colaboración de las enormes instituciones científicas de todo el mundo, el único progreso reposado, seguro y gradual de nuestro tiempo. Sus resultados se acumulan y convergen hacia una nueva imagen del mundo, cuya grandiosidad ni siquiera podía soñarse hace aún pocos decenios. Son los físicos mismos quienes, frente al nihilismo de

las simples leyes naturales y de la negación de Dios y del alma inmortal, proclaman nuevamente, al menos, la fe filosófica. El mundo es, por fin, limitado en número, medida y peso; ha comenzado hace poco: hace dos mil millones de años. Esta es una prueba de la creación que ya no sólo dan los filósofos, sino que hoy día también la ciencia empírica la deduce del mundo.

Tampoco esta realidad ha entrado aún por completo en la conciencia de los círculos intelectuales dirigentes. También aquí tienen éstos una responsabilidad enorme. Hace ya mucho que han sido rechazadas por la Filosofía las falsas imágenes del mundo propias del materialismo y del naturalismo; hoy lo son también por el rigor de las Ciencias Naturales. Esto debe ser infatigablemente inculcado a los espíritus y, dentro de poco, incluso a los pueblos, porque sólo así podrá remediarse la profunda miseria de nuestro tiempo, la incredulidad filosófica y científica, el positivismo y el fatalismo, incluso, en la concepción del ser, ya en la realidad externa. Pero tan pronto como este fatalismo quede superado, volverá a brillar la esperanza de que la fe y el espíritu unidos podrán aliviar la miseria actual en la común responsabilidad por todos.

SUMARIO

COLECCION «O CRECE O MUERE»

1.—LA UNIDAD DEL MUNDO, por *Carl Schmitt.*

2.—SITUACIÓN ACTUAL DE LA CULTURA EUROPEA, por *Cristopher Dawson.*

3.—SOCIOLOGÍA DE LA CRISIS, por *Alois Dempf.*

4.—PROBLEMAS DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA, por *Mariano Baquero Goyanes.*